

Acerca de la sobreinformación y abundancia de la Comunicación mediática.

NAVEGANDO EN LA BASURA

o ¡Cuántas cosas no necesito saber!

Isabel Escudero

No podemos negarnos a reconocer que estamos de lleno en la llamada Sociedad del Conocimiento. Asomados a Internet diariamente accedemos a una detallada información y explicación de cualquier cosa. Podemos ponernos al día de cualquier invento o situación sin ni siquiera hojear un periódico o encender el televisor, lo cual no quiere decir que además no nos privemos de eso tampoco. Y en cuanto a la comunicación hemos llegado a poder estar conectados en tiempo real con cualquier semejante situado en las antípodas geográficas, y no sólo a través de la escritura, por el correo electrónico, sino por conversación directa de pantallita a pantallita a través del chat o por el móvil.

Esta realidad tejida por redes de conocimiento y en permanente comunicación es la realidad habitual, la dominante en los países Desarrollados bajo el Régimen del Bienestar, y de hecho es el Modelo por antonomasia al que están avocados los otros pueblos de las márgenes del Régimen, lo que lo configura como el modelo universal de conocimiento y gestión.

Esto es lo que hay y lo que va a seguir habiendo, así que es inútil que nos distraigamos

con otras maneras anteriores de trato entre los humanos y las cosas que aún perduren a modo de restos. Nos toca pelear con esto, no se trata de ninguna escasez informativa y comunicadora sino de una sobreabundancia apabullante: nunca hemos estado más y mejor informados, nunca hemos podido acceder a tantos conocimientos, nunca hemos tenido tantas facilidades para expresar nuestros conocimientos, nuestras opiniones y gustos.

Y sin embargo esa avalancha informativa-comunicativa, esa red de redes en la que se mueven nuestras vidas, esencialmente es basura. Información inútil, conocimientos vanos, y más que basura: bobadas que nos llenan el tiempo, que nos entretienen como un sonajero, que con sus múltiples señuelos nos secuestran y nos cambian la vida por sustitutos de vida: la imaginación por la imagería virtual, el hablar en vivo con otros por un parloteo a distancia, el tacto por la pantalla. Se nos escapa el tiempo y la vida en medio de este tráfico de inutilidades y saberes administrados.

Un ejemplo cotidiano: ¿Qué porcentaje recibe usted de correos electrónicos al día que le hayan traído algo palpable y descubridor? ¿No se ha dado cuenta de que ni el tres por ciento de esos correos han tocado sus sentimientos ni su razón? ¿Qué lo único que han hecho es llenar de basura sus ojos y su cabeza y hacerle perder el tiempo de borrarlos con insana resignación cada mañana, cada tarde, cada vez que usted ha ido a abrir esa ventanita mágica para asomarse al mundo?

Se nos podrá argumentar y con razón, pero es que a veces es muy útil y necesario. Sí, muy de tarde en tarde se encuentra una utilidad puntual en ello que es de agradecer. A veces incluso también en medio de esa basura surge alguna rara flor de inventiva. Pero y lo que hay que pagar por el raro hallazgo, la cantidad de horas delante de la pantallita para que el milagro se de. No sólo porque el milagro es raro y la mayoría de lo que se nos da es más de lo mismo, sino porque la función primera del ruido de las opiniones es que si alguien dice alguna vez verdad no se la oiga, e igualmente que la avalancha de imágenes nos borre aquel vislumbre de gracia y sabiduría que se había colado entre ellas.

Y si además tenemos que mantener una actitud militante de mirón y de olfativo-informativo, las posibilidades se reducen porque suele suceder que *el que mira no ve* y la búsqueda intencionada estorba la atención y el hallazgo.

Nos extraña dolorosamente que nuestros colegas los Pedagogos, se hayan dejado atrapar en la red de redes con tanta facilidad, que hayan llegado a equivocarse tanto y a considerar que la Educación tenga que ver algo con esa acumulación informativa; que la dialéctica y el razonamiento vivo tengan algo que ver con ese ruido de conocimientos vacuos. Que los comunicólogos y los periodistas -que viven de ello- se entreguen incondicionalmente a navegar la estupidez, vale, pero si a alguno de nosotros, todavía eso de la educación nos dice algo que tenga que ver con la razón en marcha y la voz viva, no podemos traicionar lo poco que aún quedara vivo de aquel noble oficio socrático bajo este último y feroz arrasamiento. Bien sabemos que esta defensa nuestra no es una mera resistencia: es un ataque: es ir contra los Tiempos, y sobre todo contra el Dinero, porque, hoy que hasta el imperio del automóvil parece comenzar a decaer ¿qué es lo que no sólo no cae sino que se expande más y más por doquier: el imperio de la Información y los chismes Informáticos? ¿Qué es lo que es estos lo que en estos momentos de insegura economía mueve más dinero?. No tanto por el tratamiento y uso de esa información como por la compra de los aparatos mediáticos: lo chismes informáticos, la cibernética personal. El ordenador personal y sus derivados facilitan la caída en redes virtuales de tantos datos e imágenes multicolores que nos atrapan y que confundimos con un remedo de libertad, de escapatoria. A eso es a lo que nos hemos quedado reducidos cada uno de los individuos de las democracias tecno-desarrolladas y a lo que a cada almita de cualquier otro mundo se la obliga a aspirar. O quizá lo que pase sea que la esencia de la Educación, hoy día, sea adecuar y conformar a cualquier alma naciente para que no sienta ni padezca el

cambiazos de sus ojos por una pantalla, el razonar por la avalancha de opiniones, el hablar con otro por la torpe escritura de su telefonillo, el deseo sin nombre ni fin por necesidades diseñadas.

Vamos a poner un ejemplo vistoso seguir a través de la pantalla: un niño negro semidesnudo de cuclillas en medio de una selva amazónica. Sobre su regazo sostiene un ordenador portátil que mira con asombro. Vemos cómo el niño está mirando un pájaro multicolor y luminoso en medio de la pantalla. La cámara se va retirando y ahora ya vemos un encuadre cada vez más amplio: el niño está de cuclillas justo debajo de una gran palmera en cuya copa está el mismo pájaro de la pantalla, ahí mismo está a su espalda todo lo que él está viendo en la pantalla y que el niño está dejando de ver justo por ese señuelo de su reproducción virtual en la pantalla.

Nada nuevo podremos enseñar a ningún niño nuevo, a ningún muchacho, nada que no pase primero por enseñarnos a nosotros mismos a exclamar ante esa avalancha de cosas inútiles, ante ese aluvión de conocimientos de bobadas: "¡Hay que ver cuántas cosas NO necesito tener! ¡Cuántas cosas NO necesito saber!"